

LITERATURA.

Galería

DE

Ingenios Contemporáneos.**DON VICENTE LOPEZ.**

Don Vicente Lopez y Portaña nació en Valencia, en 19 de setiembre de 1772. Sus padres y abuelos fueron pintores: así desde su niñez fue destinado á esta profesion, primero en el estudio paterno, y despues bajo la direccion del P. Villanueva, religioso de S. Francisco y pintor de gran mérito, cuyas lecciones y documentos, dados con el interes y zelo que le inspiraba su amistad estrecha con la familia de Lopez, hubieran sido de suma utilidad para éste, á no haber tenido la desgracia de perder á tan hábil maestro, que falleció á los pocos meses. Fuele pues preciso volver á casa de su padre, que siguió dirigiendo sus estudios hasta la edad de 15 años; pero habiéndole privado tambien la muerte de sus consejos y apoyo, se retiró á casa de sus abuelos, en la cual continuó con ardor sus tareas. Publicados los premios generales en la academia de S. Carlos, sobresalió tanto entre sus compañeros que obtuvo sin disputa el primero en su arte; y hecha oposicion á una de las pensiones que al mismo tiempo habia ofrecido aquella real academia, le fue conferida inmediatamente para que pasase á Madrid á seguir adelantando en su carrera bajo los auspicios de D. Mariano Maella, en cuyo estudio se mantuvo cerca de dos años.

Ocurrió á los 18 de su edad la publicacion de premios generales por la real academia de San Fernando en 1790, y de sus resultas mereció el primero de la pintura, habiendo elogiado mucho los profesores su prueba de repente, supe-

TOMO II.

rior en el dictamen de éstos al cuadro de pensado.

Corridos los tres años en su pension, regresó á Valencia, en cuya real academia fue recibido académico de mérito, luego teniente y director en la primera vacante, y por último director general de la misma.

Alli se hallaba en 1802 cuando visitó aquella ciudad el Sr. D. Carlos IV con toda su real familia, habiendo debido Lopez á la bondad de este soberano que le condecorase con los honores de su pintor de cámara y le encargase varias obras, en que S. M. quedó tan complacido que mandó al Sr. Cevallos le diese espresivas gracias en su real nombre por su desinterés y buen desempeño.

No le honró menos á su vuelta de Francia el Sr. D. Fernando VII, quien, sin mediar solicitud suya, y por solos los informes del Sr. duque de S. Carlos y otros personajes, se dignó conferirle plaza efectiva de pintor de su cámara, con orden espresa de que se trasladase á Madrid tan luego como concluyese las obras en que estaba ocupado. Hízolo así, y no bien hubo llegado á la capital, cuando por dimision de Don Mariano Maella fue nombrado primer pintor de cámara del rey, con encargo de dirigir á diez jóvenes pensionados por S. M. Entre las singulares distinciones que debió á aquel monarca, se cuenta la direccion de la enseñanza del dibujo á las dos augustas reinas Doña María Isabel de Braganza y Doña Josefa Amalia de Sajonia, con notable adelantamiento de entrambas y en especial de la primera. La real academia de S. Fernando se apresuró á admitirle en su seno, creándole desde luego académico de mérito, y sucesivamente director de pintura y director general; cuyo egemplo siguieron la de S. Luis de Zaragoza y la de San Carlos de Valencia, distinguiéndole con este último dictado en calidad de perpetuo, y añadiendo la segunda el título de académico de honor, concedido solo al caballero Mengs.

El esmero y continua aplicacion con que, mas ha de veinte años, egerce su plaza, le merecieron del difunto rey tales demostraciones de aprecio, que mas de una vez le dispensó finezas de su mesa por su propia mano, y honró su casa visitándole

en su estudio; concediéndole por fin la cruz de la real y distinguida orden de Carlos III, en prueba de la satisfaccion con que vió concluida la pintura al fresco de la gran bóveda del salon de vestir de S. M., que egecutó Lopez con suma inteligencia y maestria.

Difícil fuera enumerar las muchas obras de este laborioso profesor en su larga carrera: así harémos solo reseña de las principales. Entre estas se distinguen el citado fresco de la sala de vestir del rey, en que representó la institucion de la real y distinguida orden de Carlos III, y el de la pieza de despacho de S. M., donde oportunamente figuró la potestad suprema apoyada en la prudencia y la fortaleza, y distribuyendo premios y castigos por mano de la justicia. Uno y otro son por cierto muy dignos de aquel lugar, donde sostienen sin desventaja la comparacion con los de Mengs, Tiépolo, y Bayeu, que tanto realzan la magnificencia del real palacio.

Tal vez es mayor en su línea el mérito de sus obras al temple, como el techo del salon del Casino, propio de la reina Isabel de Braganza, en que pintó á esta señora recibiendo á la villa de Madrid en el acto de ofrecer aquella posesion á S. M.; y el de un retrete de la reina Cristina en su real casa de Carabanchel, en que representó á Céfiro y Flora perfumando la atmósfera con la fragancia de su flores, y á varias nereidas y tritones refrescando y purificando el aire con el cristal de sus aguas. La facilidad, empaste y tono vigoroso con que estan egecutadas estas obras, que parecen pintadas al óleo, dan idea de lo que el arte puede alcanzar en este género, ingrato y desapacible de suyo, y pueden servir de modelo á los artistas que en él quieran perfeccionarse.

Del mérito de sus cuadros al óleo, como pintor de historia, no es posible formar concepto en Madrid, donde apenas hay de esta clase, sino algunos de los que se llaman de caballete. Los grandes estan en Valencia y Cataluña, y son entre otros el del nacimiento de S. Vicente Ferrer en el oratorio de la casa nativa del mismo santo; el de S. Antonio Abad en aquella iglesia metropolitana, pintado á la edad de 22 años, que alborotó entonces y fue el principio de su reputacion artís-

tica; el del altar mayor de la capilla de la casa de Misericordia, obra de gran composicion, buenos partidos y multitud de figuras bien distribuidas y agrupadas. Representa á la Santísima Virgen sentada y asistida de varios santos, y en primer término á Santo Tomas de Villanueva implorando su proteccion para una multitud de infelices de ambos sexos que abriga aquel piadoso establecimiento. En la iglesia del oratorio de San Felipe Neri pintó en un gran lienzo á S. Antonio de Padua recibiendo en sus brazos al Niño Dios, con acompañamiento de ángeles, cuadro de mucho efecto, y tanto mas notable cuanto para ello tuvo que luchar con la poca luz del sitio en que está colocado. En suma dejó otras varias obras al fresco y al óleo, que se conservan con mucha estimacion en las iglesias del Grao, Silla, Burjasot, Usiva, Benifayó, Penáguila, Gorga, Alcoy, Requena, la Vall de Uxó y otros pueblos de aquella provincia.

En todas ellas, egecutadas antes de la venida de Lopez á Madrid, se admiran el colorido vigoroso y grato, el buen dibujo, y la soltura y facilidad de egecucion que tanto le distinguen; pero tal vez se desea mayor sencillez y naturalidad en las actitudes, menos bambolla en los ropages, mas suave ondulacion en los contornos, y menos viveza en los carmines, medias tintas y reflejos de las carnes no tan batidos é incorporados, como la verdad requiere. Mas no cabe duda en que con la continua observacion y estudio del natural en los infinitos retratos que ha pintado en el largo periodo de veinte años, y con la meditacion de las obras de los grandes maestros, han desaparecido casi de todo punto aquellos lunares; y así los dos cuadros que pintó mucho despues para la catedral de Tortosa, y representan el uno á S. Agustin en el altar, contemplando el misterio de la Trinidad beatísima, y el otro á S. Rufo, primer obispo de aquella diócesis, predicando á sus ovejas, son las obras mas perfectas de este profesor, y el mas digno ornamento de aquella santa iglesia.

Poco diremos de la superioridad de Lopez en la línea de retratos, cuya semejanza, relieve, animacion y otras excelencias está viendo y elogiando, muchos años hace, el público de Madrid,

como que este ha sido casi exclusivamente el empleo de sus incansables pinceles. No han merecido menos encomios los de su mano que han pasado á países extranjeros, como en Paris el del general Alava y el del mariscal Suchet, que fue colocado en el palacio imperial y salon de los mariscales; el de la generala Murray, muy celebrado en Londres, y sobre todos el del rey Fernando VII de cuerpo entero, adornado con el manto de la insigne orden del Toison de Oro, que S. M. le mandó pintar para la embajada de Roma, donde tuvo tal aceptacion que la academia de S. Lucas envió á Lopez el título de su académico de mérito en una carta llena de honoríficas espresiones y encarecidos elogios.

Ademas del referido retrato y de otros muchos que pintó de S. M., de sus augustas esposas y de los Sres. infantes, merecen particular mencion los de los reyes de Nápoles, el del príncipe Maximiliano de Sajonia, el del Sr. comisario de Cruzada D. Manuel Varela, que existe en la Real Academia de San Fernando, el de Don Antonio Ugarte y su esposa, el del célebre paborde Sala, el del Sr. ministro Salmon, el de Goya colocado en el Real Museo, el del famoso organista de S. M. Don Felix Máximo, y recientemente los del general Osma, Sr. obispo de Córdoba y la condesita de Revillajijedo.

Nada diré del gran mérito de estas obras, ya por no ofender la modestia de su autor, ya porque el público imparcial las conoce y les hace justicia. Muchos quisieran que siguiendo Lopez las máximas de los maestros de la antigua escuela española, recargase menos sus retratos de brillantes accesorios y dijes, que distrayendo la atencion y privando hasta cierto punto á los cuadros del conveniente reposo y armonía, perjudican al efecto y vigor de las cabezas. Dicen que las artes imitativas son hermanas, y los principios filosóficos del buen gusto aplicables á todas ellas: que la cabeza hace el mismo papel en un retrato aislado, que el héroe en un cuadro de composicion ó en un drama; y que en tales casos presentar en el mismo grado de perspicuidad, importancia y brillo lo secundario y episódico, que lo principal es debilitar, cuando no destruir, el efecto primor-

dial que el artista y el poeta deben proponerse. Poca duda admite, generalmente hablando, la utilidad de esta regla y la exactitud de las indicadas observaciones, que confirman las obras de Velazquez, Murillo y otros insignes profesores de todas las escuelas. En sus retratos hay pocos accesorios, y el traje y adornos de los personajes están por lo comun tocados con descuido, y siempre rebajados hasta el punto de no percibirse con claridad sus detalles y confundirse muchas veces con el campo: resultando de aqui la vida, movimiento y verdad de las cabezas que arrebatan exclusivamente la atencion de los espectadores. Sin embargo, examinando con filosófica imparcialidad, no es posible desconocer que este medio, tan favorable á la pereza de los profesores, es mas bien artificioso que real y positivo, como el de obscurecer el salon de un teatro á fin de que resalte mas la iluminacion, tal vez escasa, de la escena. En efecto, si en el modelo vivo se presentan con igual claridad y decision que la cabeza el traje y los ornatos, sin que por eso pierda aquella su animacion y su bulto, ¿no llenará mas completamente su objeto el que sepa conservar al rostro estas calidades sin sacrificar los accesorios? ¿No se admiran muchos retratos de las escuelas florentina, flamenca y veneciana, en que estos se ven ejecutados con proligidad y esmero, circunstancia, que lejos de perjudicar al vigor de las cabezas, contribuye á que todos los objetos parezcan la verdad misma? ¿No son el embeleso de los inteligentes los dos retratos de Ticiano que representan á Carlos V y Felipe II, colocados en el testero del gran salon del Museo, y concluidos desde la cabeza á los pies con la detencion mas minuciosa? Examínese el retrato de una señora con dos niños, á la entrada y mano derecha del mismo salon, y dígase despues si la delicada ejecucion de los detalles disminuye ó aumenta la animacion de los rostros. Lo vituperable en este particular es, que los accesorios sean escesivos en número por la confusion que inducen; y el arte y gusto del profesor consisten en saber templarlos y subordinarlos al tono general del cuadro, y particularmente al de las partes principales de las figuras. Mas si los accesorios están elegidos y dis-

*

puestos con sobriedad y tino, si contribuyen con la acertada contraposición de sus tintas y sus luces (que es lo mas difícil) al acorde, reposo y armonía del cuadro, y si en el esmero de su ejecución no se advierte timidez ni fatiga, este esmero es una perfección mas, y solo la pasión ó el capricho pueden hallarlo reprehensible. La propensión de Lopez á no escasear en sus retratos los accesorios, nace de dos causas que redundan en elogio de este profesor: una, el deseo de complacer á los originales, y en especial á las señoras, que no quedan contentas sino se las pinta engalanadas con todos los dijes y floripondios de su tocador; otra, la admirable verdad con que sabe representarlos. El oro, las plumas, el nácar, las pieles, la pedrería salen de su paleta con tan cabal imitación, que se equivocan y confunden con la realidad misma. ¿Como, pues, se ha de extrañar que se complazca en excitar nuestra admiración con el efecto verdaderamente mágico de sus pinceles?

Concluiremos este bosquejo biográfico del primer pintor de Cámara con una advertencia, que deseamos tengan muy presente los artistas jóvenes, y los sirva de preservativo contra los halagos del ocio y los placeres. Si al talento natural de Lopez para la pintura, descubierto desde la edad mas tierna, y al estudio con que la ha cultivado se deben en gran parte las dotes que distinguen sus obras, quizá la ha tenido mayor la aplicación incansable y la práctica continua de cincuenta años, en los cuales tal vez no ha pasado un dia sin que haya trabajado por lo menos media docena de horas. De aqui es que pocos le aventajarán en el conocimiento de la paleta y en el manejo de los pinceles. Notorias son á todo el mundo la línea diaria del pintor de Alejandro y la rebeldía del pincel de Jordan, cuando éste dejaba pasar algun tiempo sin ejercer su profesion: lo que prueba que la pereza es capaz por sí sola de sofocar los estudios y disposiciones mas felices, y que no es posible pintar bien sin pintar mucho.

J. N. G.



GRANADA.

(Orientales de Victor Hugo.)

A LA ILUSTRE SOCIEDAD ECONOMICA DE GRANADA,

SU AGRADECIDO SOCIO

Jacinto de Salas y Quiroga.

A lo lejos ó cercana,
Española ó musulmana,
No hay ciudad que, sin locura,
Disputar pueda á Granada
La palma de la hermosura;
Ni su atmósfera impregnada
De jazmines y cantueso,
Que baña en dulce embeleso
Un corazon oriental.

Que Cádiz tenga palmeras,
Que Murcia tenga azahar,
Tenga Segovia un altar
Y una torre con troneras
Y un acueducto romano;
Jaen un palacio godo,
Con torres de extraño modo,
Y en Ágreda muy temprano
Toque á misa el monacal.

Torres Llers y Barcelona
Tenga, por noble corona,
Un faro sobre la mar;
Tudela, la fiel Tudela
Conserve siempre en tutela
El cetro que le han dejado
Los monarcas de Aragon;
Tolosa, siempre en invierno,

Bata el hierro ya abrasado,
Y llame se con razon
El resuello del infierno.

Y el pez que abrió el ojo muerto
Del ya difunto Tobía
Juegue allá en Fuenterrabía....
Córdoba, siempre desierto,
Con su admirable mosquea,
Del moro el ídolo sea.
Tiene un santo Compostela,
Y el rey de los incensarios (1)
Que de nave á nave vuela;
Alicante, campanarios
Y minaretes y mares;
Madrid tiene el Manzanares.

Bilbao tiene riquezas,
Olas verdes y beldades;
Medina, de las grandezas
Reina en pasadas edades,
Cubre su pobre altivez
De sus duques con la mano;
Solo es suyo el sicomoro,
Que sus puentes son del moro,
Y lo demas del romano.

Trescientas torres Valencia,
Y Alcántara mil banderas
Colgadas á sus troneras;
Salamanca tiene ciencia
Y tres collados gigantes
Donde, si la frente inclina,
Goza de paz envidiada

(1) Para desengaño de los que crean que este verso y el siguiente son mero ripio, debo decir que he visto cuando niño, y hay en la catedral de Santiago, un incensario que es como un pozo de incienso y fuego. En las grandes festividades está algunas horas de la mañana colgado á la media naranja principal de la iglesia, é impelido por muchos hombres cuyo número fijo no tengo ahora presente, perfuma todo el templo, pudiéndose decir de él con toda verdad que *de nave á nave vuela*.

Al son de la mandolina....
Mas se despierta asustada
Por los gritos disonantes
De la turba desbandada
De su enjambre de estudiantes.

Ama San Pedro á Tortosa;
El mármol nace sin cuenta
En Puicerda la lujosa;
Tarragona alegre ostenta
Sus muros que un rey fundó;
Y en Zamora junto á Toro
El Duero corre y corrió;
Tiene Tuy una bastilla,
Toledo el alcázar moro,
Y la giralda Sevilla.

Burgos la triste blasona
De un cabildo el esplendor;
Es marquesa Peñaflores;
Madre de duques Gerona;
Bivar una monja triste
Que sayal y toca viste;
Y la sombría Pamplona,
Siempre pronta á combatir,
No irá en su almena á dormir,
Sin poner mecha al cañon,
Sin despertar al soldado,
Y cerrar con gran cuidado
De torres su cinturón.

Unas estan en la sierra,
Las demas en la llanura;
Todas prontas á la guerra
Y adornadas de hermosura;
Todas nobles y leales
Do un traidor no hubo jamas;
Todas tienen catedrales;
Todas su torre calada....
Pero una Alambra hay no mas,
Y esa Alambra es de Granada.

Alambra!... Alambra!... palacio
Que el Genio de la Armonía
De hermosos sueños llenó!...

Fortaleza de topacio
Abierta á la luz del día,
Que el árabe construyó!...
En donde un mágico acento
Se escucha, entanto que baña
La luna tu pavimento!...
Orgullo de toda España!

Y menos granos tendria
La hermosa fruta encantada
Que en sus cármenes se cria,
Que maravillas Granada;
Y menos roja aparece
La fruta que la ciudad
Cuando la guerra oscurece
Su dichosa magestad;
Sus estandartes ondea....
Y mísero del que crea
Que no es ley su voluntad!

Gloria de las maravillas!
Si su clara pandereta
Cubierta de campanillas
Agita loca y coqueta
Vivaconlud; si radiante
El Generalife altivo
Su cresta de fuego vivo
Muestra una noche triunfante;
Si el clarín de las Bermejas
Suenan como las abejas
Que va el viento á despertar;
Si en la hora de alegría
Tocar oigo las campanas
De Alcazaba, que así envía
De tus torres africanas
La dulzaina á despertar,
Y el delicioso festín
Del sonoro Albaicín....
¿Tener puede el mundo entero,
En su hora mas preciada,
Nada hermoso y hechicero
Como la hermosa Granada?

¿Quién canta mas dulcemente?
¿Quién tiene menos rivales?

¿Y en las casas donde iguales
Colores y bella gente?...
Cuando una noche de estío
Ostenta, allá en sus llanuras,
Sus flores, sus hermosuras,
Mas manso se agita el río
Que dá envidia el contemplar,
Y en el árbol no se mueve
Una hoja, ni se atreve
El céfiro á suspirar.

Es el árabe su abuelo;
¿Africa y Asia trocará
Por un palmo de su suelo!...
Mas Granada es aun mas cara.
Es cristiana y española,
Y tan solo se daría,
Se daría por si sola;
Que Granada la hechicera
Otra Sevilla seria
Si haber dos posible fuera.



Vision de S. Pedro Nolasco.

POR

ZURBARAN.

Francisco Zurbarán nació en la villa de Fuente de Cantos, en el año de 1598. Son algunos de opinion que su primer maestro fue un discípulo del divino Morales; pero lo mas cierto es, que

sus padres, honrados labradores, conociendo su decidida inclinación á la pintura, le enviaron á Sevilla, para que aprendiese en la escuela del licenciado Juan de Roelas, donde hizo admirables progresos en el arte, llegando á adquirirse una reputación general en dicha ciudad. Su propósito de no pintar cosa alguna que no fuese por el natural, ni paño que no copiase por el maniquí, como dicen Palomino y Cean, le distinguió por uno de los mas severos imitadores de la naturaleza. Lo que el mismo Cean dice, de que imitó al Carabagio en las tintas azuladas de las carnes, me parece inexacto, pues es bien sabido que el Carabagio no usó jamás de tintas falsas, sino de los verdaderos colores de la naturaleza; además de que no falta razón para criticar á Zurbarán el uso de tintas algo cenicientas en alguno que otro cuadro, aunque sin notable exceso. Las obras de este pintor extremeño son innumerables, y casi todas de asuntos religiosos, sin duda por la favorable acogida de su mérito en los conventos é iglesias de Córdoba, Sevilla y Guadalupe, en cuyas poblaciones dejó maravillosas producciones de su talento. Ya de edad madura pasó á Madrid llamado por real orden; y nombrado por el Sr. D. Felipe IV pintor de Cámara, ejecutó en el Palacio del Buen Retiro las pinturas de las fuerzas de Hércules, que seguramente no pertenecen al número de sus buenas obras.

Distinguen á este artista la fuerza de claro-oscuro, la valentía del pincel, la exacta imitación de la naturaleza. Algun fundamento podría dar á su inmortalidad entre el vulgo la tradición de que Felipe IV viéndole pintar en una ocasión, le puso la mano sobre el hombro, saludándole con el título de «Pintor del Rey y Rey de los pintores;» pero los inteligentes que perciben por sí mismos el mérito de las cosas, solo ven en esto el dicho de un hombre espuesto á engañarse como otro cualquiera, y saben que el Ticiano no es célebre solamente porque Carlos I le levantara del suelo sus pinceles.

Murió Zurbarán en la Corte de Madrid en el año de 1662, á los 64 de su edad.

Este cuadro que representa una de las muchas apariciones con que fué favorecido del cielo el fundador del orden de la Merced y Redención de

Cautivos, pertenece á aquellas obras artísticas, en las cuales mas que las huellas de un pensamiento grandioso, que las concepciones del genio atrevido y ambicioso de gloria, se nota el pensamiento fervoroso y pío de un pintor, cuya alma se recrea mas en la quietud de la religión, que en el bullicio de escenas mundanas. Representa á San Pedro Nolasco, el cual dormido en su lectura vé en sueños á un ángel que le muestra la ciudad de Jerusalem. Atendida la vida del santo, y el mucho celo que durante su vida manifestó en favor de los cristianos cautivos por los moros, me inclino á creer que el pintor, al ejecutar esta hermosa obra (si ya no lo hizo por encargo de algun convento de mercenarios, en cuyos claustros dejó los principales pasos de la vida del mismo Santo) quiso espresar en una sola escena la dignidad de Redentor á que fué destinado San Pedro Nolasco desde su niñez, y la fundación que con este fin hizo de la orden de Nuestra Señora de la Merced.

La composición del asunto es feliz. El Santo arrodillado y dormido, con la mejilla sobre la mano izquierda y el codo en una mesa, en la cual descansa todo el peso de su cuerpo, está en una actitud, al par que natural, noble y sencilla. Tiene la mano derecha bajo el escapulario; una silla detras, y el libro de su oración abierto sobre la mesa. A sus espaldas en la parte superior del cuadro, se vé entre nubes la Ciudad Santa. La vida sosegada monástica, la quietud religiosa de los claustros, finalmente el sueño del justo están tan bien espresados, que quien contempla este lienzo se siente rodeado de un ambiente agradable y como abstraído de la realidad. Una especie de fragancia ascética absorvía ciertamente los sentidos del pintor extremeño, y daba á su meditación el baño de una célica pureza. Menos feliz en la figura del ángel, aunque sin faltar al dibujo natural, no acertó á darle aquella nobleza que ecsigia un espíritu del Paraíso, revestido de humanas formas; estas hasta cierto punto debieron ser inspiradas solo del alma, su belleza debió ser ideal; la actitud de un Parainfo debió ser mas noble y elegante: en una palabra, si un pintor de la escuela de Rafael de Urbino hubiera dibujado

esta figura, el cuadro seria bellísimo. Pero el colorido es natural, el conjunto puede decirse en verdad que es bello y armonioso, y grande el efecto de el claro-oscuro, sin que se eche de ver gran repartición en la luz; porque en efecto la suavidad de las sombras, esa grata severidad en los colores se une á lo místico del asunto mejor que el contraste de tintas encendidas. El S. Pedro está vestido con el hábito blanco de la Orden, y el ángel con una túnica rosada, y un paño ligero azul recogido por una estremidad á la cintura y rodeado al brazo izquierdo. Los pliegues son grandiosos y sueltos; ellos revelan mas que la escuela de su maestro Roelas el grande estudio que por el natural hacia en los ropages. Tiene este cuadro de alto 6 pies y dos pulgadas, de ancho 7 pies y 11 pulgadas, y existe en el Real Museo.

Coleccion litográfica = P. DE M.



Supersticiones populares.

ARTICULO SEGUNDO.

Hará cosa de quince dias, hallándome sentado en el hogar de una casa de mi pueblo, discutiendo asuntos de la mas escabrosa y alta política con unos cuantos amigos de sombrero gacho y navaja, fuimos interrumpidos repentinamente, por la brusca llegada á la cocina, del sacristan de la parroquia, que entró haciendo mil contorsiones de espanto y dando mas bien que voces alaridos. Todos nos asombramos; todos le pre-

guntamos, todos en fin deseábamos saber cual era la causa que motivaba alboroto tanto, tanta admiracion. Sosegose un momento, se limpió el sudor que corria por su frente, y despues de haber mirado, con gesto de entera desconfianza á todos lados, se sentó y nos contó lo que sigue:

«Esta mañana murió la tia Manuela y la enterré, segun lo manda Dios, suplicando al mismo el que por allá nos espere muchos años. Ya saben sus mercedes, que no tenia muy bien sentada su opinion la tia Manuela; todos decian, aunque no muy alto, que era bruja, y que por la noche salia de su casa con un farolito y se reunia con otras muchas, que venian de otros pueblos, en el bosque espeso de los Azadores, que se oian voces descompasadas, gritos agudos, y música y mucho movimiento de luces. Yo no quise nunca dar crédito á estas hablillas, pero ya tanto lo repitieron que al fin hube de dudarlo, sino creerlo; para convencerme de si era ó no cierto, una noche, sin decirle á mi muger ni una sola palabra, salí de mi casa y me fui á los Azadores. Apenas entré en el espeso lado de las Fuentecillas, cuando un tufo fuerte, como el humo del azufre, vino á incomodarme, pero no me arredré; caminé adelante y al llegar á la piedra donde fue degollado el prior de Dominicos, me encontré sentada á la tia Manuela, cantando y atizando su farol. Estaba con las manos cruzadas sobre el pecho, y llamaba con agudo chillido á alguno que no parecia y cuya tardanza la incomodaba; al cabo de algun rato pareció el llamado; mas ¡oh Dios mio! ¡cual fue mi horror al ver llegar un bulto negro con cuatro pies y dos cuernos! No sé, ni podré decir lo que pasó por mí, ni lo que sucedió, porque mis ojos se cerraron, mi cabeza se atolondró y me sentí desfallecer en términos que caí en el suelo sin sentido. Cuando volví en mí el sol habia salido ya; me encontré solo enmedio del bosque de las fuentecillas; la Piedra del Prior estaba enfrente, y sus puntas cristalinas reflejaban en mil visos y colores los rayos del sol naciente. Esta escena horrible no se borró [ya nunca de mi imaginacion, á todas las horas del dia y de la noche me parecia ver junto á mí el bulto negro; y era horrible para mí hasta la idea de que á esa mu-

ger se le permitiera entrar en la iglesia. ¡Una bruja!... Yo por mi parte no me atrevia á fijar en ella los ojos, ni á permitir que sus ropas rozasen con las mias cuando por casualidad nos encontrabamos.

A si se pasó algun tiempo, hasta que al fin ha sucedido delante de mil testigos lo que voy á contar á sus mercedes. Murió esta mañana la tia Manuela, y tan de pronto que no la alcanzó ninguno de los últimos auxilios; llevaronla á la iglesia, y esta tarde se debía enterrarla; yo tenia que hacer esta operacion, y como ya sé que no es de fiar nada que tenga relacion con brujería, llamé á unos cuantos amigos, gente decidida y valiente para que me ayudasen en caso necesario contra la difunta ó sus amigas. Estabamos reñnidos en el cementerio todos, yo con mi azada abriendo el hoyo y mis amigos en acecho, unos mirando á la puerta, otros á las bardas y los mas á la difunta Manuela, escuchando por si se oia algun rumor extraño ó si se veia algo; al principio nadie nos incomodó, pero cuando ya habiamos echado el cuerpo en la zanja, y estaba yo cubriéndole con tierra, héte aqui que sin saber por donde, se aparece de repente un bulto, el mismo que ví en la peña del Prior, el cual se colocó encima de la zanja y principió á escarbar en la tierra recien echada. Mis valientes compañeros huyeron al momento, dando gritos y conjurando al bicho; yo quise hablarle en latin y echarle un fuerte conjuro, pero no acertaba á mover mi lengua que la tenia pegada al paladar, en esto el demonio dió un alharido; todos mis huesos rechinaron, y no pudiendo contenerme, arrojé mi azada y dí á correr, atravesando la iglesia y olvidando mi capa y mi sombrero.»

Esto fue lo que nos contó el sacristan, el cual daba muestras del mayor enojo, porque decia que la justicia debia intervenir en asuntos de tan grave trascendencia. Hallabase en la cocina el alcalde, el cual dijo si se sabia hacia donde habia ido el *diablo*; respondiase que si, que se fué á los Azadores y que alli se oian mil voces y bullas. En aquel momento entraron el síndico y demas partes del cuerpo gubernativo, siguiéndoles, con un tintero de cuerno y unos papeles, el fiel de fechos.

Mandóse despejar la cocina, ventilóse el asunto, y se resolvió el que se tocase generala y que todos los hombres en estado de llevar las armas se pudiesen bajo las órdenes del sacristan, para dar caza á mano armada al enemigo del género humano. En esto ya serian las ocho de la noche, al cura se le mandó venir para que vestido con sus ropas sacerdotales y con su benitero ó hisopo precediese al escuadron y bendigese el camino que debia llevar. Hubo sobre este asunto mil dimes y diretes; el cura no queria ir delante, por que temia, como todos los demas, la aparicion del espectro; el alcalde le tachó de cobarde, el cura le replicó, el juez tornó á insultar y ya el escribano iba á dar fé y testimonio, cuando todo se arregló amistosamente: el interes general venció en aquellos momentos críticos todos los demas intereses, y avanzó el escuadron en el mayor silencio al bosque de los Azadores. Iba el cura delante y solo, regando el camino con agua bendita, y murmurando entre dientes los mas tremendos conjuros; seguiale el ayuntamiento, y luego los mozos armados, y despues mil chiquillos y mugeres: las armas eran escopetas, caravinas viejas y enmohecidas, picas, lanzas, palos, alabardas; y alguna que otra pistola. El tiempo estaba hermoso: la luna clara alumbraba perfectamente este conjunto de diversas personas, y todos caminaban con el mayor silencio y sobrecogidos de un terror pánico, como si fueran á batirse contra todos los demonios del infierno, y como si tuviesen por cierta ó la muerte ó una completa derrota. Llegados que fueron al sitio de las Fuentecillas, descubrieron la Peña del Prior; dividiéronse en bandas y se tiró un tiro de señal; á este ruido extraño, que retumbó en medio de las peñas y en la soledad de la noche cual si fuera un cañonazo, salió el bulto de la tia Manuela, de debajo de la Peña del Prior. A esta aparicion, todos dieron un grito de consternacion, y los mas valientes dieron un paso atrás y se dispusieron á huir. Mas entusiasmados por la animosidad del sacristan, principiaron el ataque tirando al bicho algunos tiros que no le hirieron, pero que le asustaron. Volvióse con rapidez á todos lados; subia con una ligereza increible por los picos agudos de las peñas, y saltaba y brincaba cual si tuviera alas

en los pies. Volvióse á la carga; gritaba el sacristan comandante; voceaba el ayuntamiento, levantaba el grito el Sr. cura, y hasta el fiel de fechos, daba fé á la luz de un farolillo, mientras el alguacil aguzaba y componia su corchete para afianzar y declarar buena presa al muerto demonio. En fin, en medio de esta confusion de voces y tiroteo, una dichosa bala hirió al demonio saltador, y cayó de las peñas dando un quejido triste y doloroso. Este quejido tan natural al sentirse un vivo dolor, fue atribuido á ira infernal; algunos quisieron acercarse, mas se les impidió, no permitiéndoselo sino al cura y al sacristan. Acudieron estos; el sacristan, como poseído y fuera de sí, se atrevió á acercarse hasta la distancia de tres pasos, y clavarle y herirle con la pica; á cada quejido que daba el caído al sentir el hierro en su cuerpo, se levantaba un grito de alborozo y de alegría. Por último, la voz del cura se dejó oír con un *requiescat in pace*, y ya todos se acercaron al lugar del último combate, y vieron ¿quién lo creería? *una cabra*.

«Señores, dijo el alcalde, este hecho ha sido uno de los mas laudables que hemos acometido hace mucho tiempo; el demonio que nos perseguía en nuestra propia casa ha muerto. ¡Honor y gloria á los valientes que le han vencido!»

Al dia siguiente se dió parte al obispo de este hecho: el escribano lució su elocuencia, y despues de bien profundizado el negocio se averiguó que la tia Manuela amaba mucho á una cabra que tenia, y á la que todos los muchachos del pueblo perseguian, y que por estraerla de las diabólicas travesuras de estos malévolos perseguidores y martirizadores de todo inocente animalito, la habia llevado al sitio de la Peña del Prior, á donde ella acudia á darla un pedazo de pan todas las noches del año.

Diciembre—1835.

J. AUGUSTO DE OCHOA.



La Americana.

¡Huyamos, oh amado!

La pátria cabaña,
Que en sangre ha bañado
Guerrero feroz :
Los nuestros cayeron
Heridos del rayo
Ó lejos huyeron
Con planta veloz.

¿Qué sirve que al cielo
Tu llanto importune?
¿Qué sirve en tu duelo
La lanza blandir?
¡Si á aquellos que fueron
Sosten de la pátria,
Llorando los vieron
Tus ojos morir!

De climas lejanos
Llegó el estrangero;
Los nuestros hermanos
Su espada venció.
Y templos y hogares,
Ciudades y campos,
Y dioses y altares
Y todo abrasó.

¿Qué mucho si emplea
Por armas el rayo,
Si un monstruo pelea
Terrible con él,
Y el dardo rechaza
Lo que ellos revisten
Fulgente coraza
Morrión y broquel?

¡Oh bien de mi alma!
Huyamos adonde

En plácida calma
Podamos vivir,
Sino, mi adorado,
Prometo á los cielos
Que iré yo á tu lado
Contenta á morir!

SONETO E. DE O.



Mucho oímos hablar á nuestros jóvenes madrileños de los próximos bailes de máscaras: muchas esperanzas conocemos, fundadas en el delicioso desorden y amable anarquía de los salones de ambos teatros y de Santa Catalina; y en medio de tan risueña perspectiva, doloroso nos es en verdad lanzar una voz fatídica, verdadero graznido de corneja ágorera, para decir que no serán, (tal es nuestra opinión á lo menos) este año tan brillantes ni tan *fogosos* los bailes de máscaras como lo fueron el pasado, y mucho menos el antepasado; como no lo serán tampoco los del que viene tanto como los de éste, y así sucesivamente por los siglos de los siglos, amen: ó á lo menos por muchos años.

Mucho sentiremos que nos puncen para demostrar esta proposición, porque para ello tendríamos que entrar en polémica muy agena de este periódico. Pero lo creemos como artículo de fé. Puede que nos engañemos; pero sería menester que la experiencia desmintiese en España lo que ha comprobado en otros países. Tengase presente la forma de gobierno que actualmente nos rige, compárese con la que nos regía hace dos años y acaso todos estemos de acuerdo.

Acaso estrañarán algunos lectores que publiquemos con plazos de tantos días de intervalo los varios fragmentos en que las grandes dimensiones del artículo de la vida de Leonardo de Vinci, nos han obligado á dividirla. Pero creemos de nuestro deber advertir, que como los números de este periódico están destinados á formar un cuerpo de obra, y como en el índice que al fin del Tomo Segundo publicaremos, se hallarán los números de las páginas á que corresponde cada artículo, no hemos dado la mayor importancia al orden de su colocación, ni hemos dudado en anteponer á la continuación de un artículo comenzado, cualquier otro que nos haya parecido de un interés mas urgente, ó que consideraciones de esta ó la otra naturaleza nos hayan precisado á preferir para su mas pronta publicación. Esto mismo hemos hecho en la vida de Leonardo de Vinci, y lo haremos siempre que se nos presenten artículos de un interés muy urgente ó puramente de circunstancias.

Se nos asegura que dentro de breves días tendremos la satisfacción de ver representado un drama original, obra de un joven poeta de esta corte, el cual es fama que con esta producción se pondrá al nivel de nuestras mas encopetadas notabilidades. Así lo deseamos sinceramente, con tanto mas motivo cuanto de persona á persona apreciamos muy mucho, como particular y como literato, al joven autor del *Trobador*.

Han sido nombrados presidente de la sección de literatura y artes en el *Ateneo*, el Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, y secretario el Sr. Don Mariano Roca y Togores. Difícil era en verdad hacer dos elecciones mas acertadas.

Muy tarde llegamos para hablar del nuevo drama de los tres ingenios, Sres. Grimaldi, Breton y Vega, que tantos aplausos ha obtenido en toda esta semana. Solo diremos que bastando un hombre de talento para escribir una piecécita de circunstancias, para ésta se han reunido tres, por lo que puede decirse que es triplemente buena.

Romance Morisco.

« Hermosa es Zulema, ó Tarfe,
 Hermosas Zaida y Alhama;
 Pero á mi amada Zelinda
 Ninguna, ninguna iguala.
 Vila ayer con sus amigas
 En el jardin del Alhambra,
 Hermosa, brillante y pura
 Mas que el lucero del alba.
 Rayos de amor tan activos
 Sus negros ojos lanzaban
 Que un nuevo incendio en mi pecho
 Levantaron sus miradas.
 Pienso, Tarfe, que los cielos
 Resolvieron al formarla,
 Fijar por dogma en la tierra
 La esclaeitud de las almas.
 ¿Quién no adora su belleza,
 Su belleza sobre-humana?
 ¿Quién resiste á aquel donaire
 Que su hermosura realza?
 Por Alá te juro, amigo,
 Que á mi Zelinda no igualan
 Cuantas bellezas contienen
 Sevilla, Murcia y Granada.
 — Eso no, responde Tarfe,
 Porque es Zora sevillana
 Y á tu Zelinda y á todas
 En hermosura aventaja.
 Y si lo dudas, responde:
 Mas no con palabras vanas
 Que ofensas hechas á Zora
 Con sangre siempre se pagan. »
 Y á cuchilladas emprenden,
 Porque es costumbre en España,
 Que disputas por mugeres
 Acaben á cuhilladas.

E. DE O.



A mi Amigo
Don Ramon de Arce.

SONETO.

Fue la austera virtud siempre tu guia,
 Del soberbio humillaste la grandeza
 Y al que yaciera en mísera tristeza
 Tu mano alzó de do infeliz gemia.

Pudo la suerte arrebatarte un dia
 Altas glorias, efímera grandeza;
 Arrebatarte honores y riqueza
 Y magnífica pompa y nombradía.

Mas no la paz del alma que da al justo
 Bienes que solo arrancará la muerte:
 A un buen amigo la virtud te aduna

Y grande en tu virtud, libre de susto,
 Desprecias los rigores de la suerte
 Y vence tu conrtancia á la fortuna.

Epigramas.

No hay nadie que pueda oir
 Tus versos sin bostezar
 Dice Anton á Baltasar.
 Ni los tuyos sin dormir,
 Dice Baltasar á Anton,
 Y entrambos tienen razon.

Tonto D. Juan me creyó
 Porque anoche nada hablé:
 Y yo tonto le juzgué
 Solamente porque habló.

Aqui yace Piron que nada era
 Ni académico siquiera.

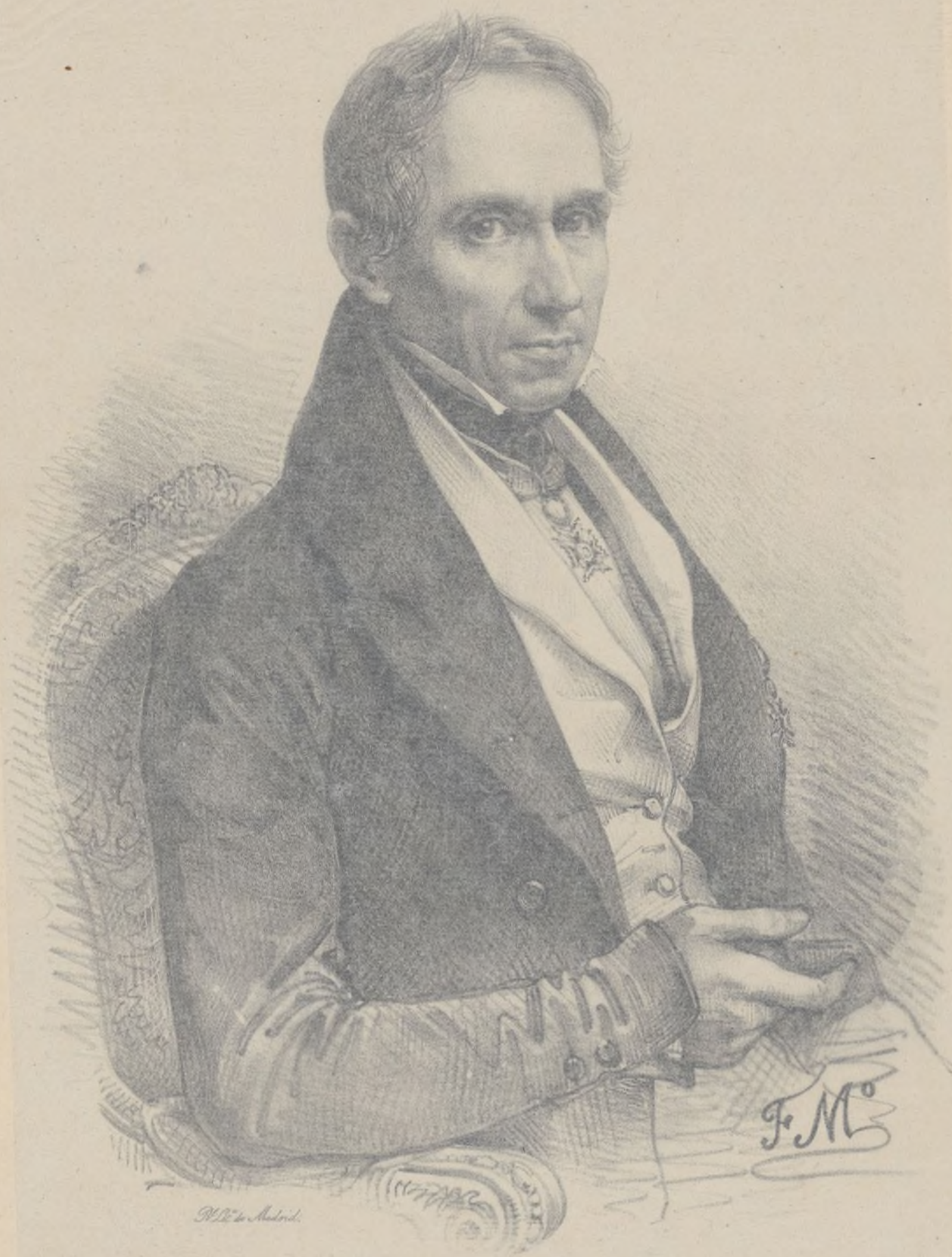
Traducceon del frances.

ESTAMPA: Don Vicente Lopez.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.--FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



D. JOSÉ DE MADRAZO.

Romance Morisco.

« Hermosa es Zulema, ó Tarfe,

Hermosas Zaida y Alhama;

Pero á mi amada Zelinda

Ninguna, ninguna iguala.

Vila ayer con sus amigas

En el jardin del Alhambra,

Hermosa, brillante y pura

Mas que el lucero del alba.

Rayos de amor tan activos

Sus negros ojos lanzaban

Que un nuevo incendio en mi pecho

Levantaron sus miradas.

Pienso, Tarfe, que los cielos

Resolvieron al formarla,

Fijar por dogma en la tierra.

La esclavitud de las almas.

¿Quién no adora su belleza,

Su belleza sobre-humana?

¿Quién resiste á aquel donaire

Que su hermosura realza?

Por Alá te juro, amigo,

Que á mi Zelinda no igualan

Cuantas bellezas contienen

Sevilla, Murcia y Granada.

— Eso no, responde Tarfe,

Porque es Zora sevillana

Y á tu Zelinda y á todas

En hermosura aventaja.

Y si lo dudas, responde:

Mas no con palabras vanas

Que ofensas hechas á Zora

Con sangre siempre se pagan. »

Y á cuchilladas emprenden,

Porque es costumbre en España,

Que disputas por mugeres

Acaben á cuchilladas.

E. DE O.

*A mi Amigo**Don Ramon de Arce.*

SONETO.

Fue la austera virtud siempre tu guia,
Del soberbio humillaste la grandeza
Y al que yaciera en mísera tristeza
Tu mano alzó de do infeliz gemia.

Pudo la suerte arrebatarte un dia
Altas glorias, efímera grandeza;
Arrebatarte honores y riqueza
Y magnífica pompa y nombradía.

Mas no la paz del alma que da al justo
Bienes que solo arrancará la muerte:

A un buen amigo la virtud te aduna

Y grande en tu virtud, libre de susto,
Desprecias los rigores de la suerte
Y vence tu conrtancia á la fortuna.

Epigramas.

No hay nadie que pueda oir

Tus versos sin bostezar

Dice Anton á Baltasar.

Ni los tuyos sin dormir,

Dice Baltasar á Anton,

Y entrambos tienen razon.

Tonto D. Juan me creyó

Porque anoche nada hablé:

Y yo tonto le juzgué

Solamente porque habló.

Aquí yace Piron que nada era

Ni académico siquiera.

Traducceon del frances.

ESTAMPA: Don Vicente Lopez.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



D. JOSÉ DE MADRAZO.

